

Todos somos Steve Reich

El artista Fito Conesa se vale del compositor para reflexionar en Espai Tactel sobre nuestros referentes ocultos

SALVA TORRES VALENCIA

«Todos somos Steve Reich, el otro, cualquiera; el referente oculto con el que dialogamos». Fito Conesa, Premio Generación 2017, toma precisamente como referente al compositor estadounidense, uno de los pioneros del minimalismo del que él huía, para mostrar en Espai Tactel variaciones musicales de ese diálogo interior que cada cual mantiene consigo mismo. «Siempre que hablas del otro, hablas de tí», explica Conesa a pie de la exposición que lleva por título Train Phase. Armonía estática para Steve Reich.

Primero, Train Phase. «En un viaje de Barcelona a Valencia vi que al revisor se le caía el papel donde figura el listado de los pasajeros. Lo cogí y con el código de los datos establecí, como si fuera psicomagia, una rápida vinculación con la música repetitiva de Steve Reich». En el listado de ese vagón sólo figuraban Fito Conesa y su pareja: dos nombres codificados, a partir de los cuales surgieron luego intensas emociones. «Soy muy musical y de

algo frío extraigo el ruido escondido que yo visibilizo». He ahí su forma de trabajar.

Luego, Armonía estática. «Juego con el oximoron de lo que refleja movimiento y al mismo tiempo detención». Como el propio tren, cuya velocidad se halla en todo momento salpicada de paradas. Ese juego del viaje que, como una partitura, se constituye a base de compases repletos de notas con cierta cadencia, es lo que Conesa muestra en Espai Tactel mediante seis piezas y un video. Cadencia del propio ritmo vital, cuyo perfil lo dibuja esa tensión entre lo revelado y lo desconocido.

«En el fondo todo son códigos, pero hay que entenderlos». Lo cual puede expresarse de esta otra manera: «La forma de pensar te cambia con el código que utilices». Siendo el código de la ideología el más difícil de cambiar, según indicados en uno de los dos trabajos recogidos en el video que completa la exposición. «Trabajo desde lo más simple (lo frío), para despertar co-

sas más complejas». Las partituras, planos y vinilos con los que el espectador se topa, van destilando poco a poco esas intensas emociones más ocultas. Por eso Conesa da la razón a Reich cuando éste huye del minimalismo con el que le etiquetan: «Esa repetición aparentemente minimalista tiene un componente barroco y denso».

El vaciado de las partituras, delicadamente realizado, la superposición y fino entre-

lazamiento de los planos de Barcelona y Valencia, así como las variaciones musicales practicadas mediante tres discos de vinilo, son las formas que tiene Conesa de pasar del código a las sensaciones. «Hay mucho código invisible, que no es criptado». Como los propios nombres de la lista de tren referida, que apenas se ven sobre una de las paredes blancas de la galería. O los similitudes vinilos, en cuya interior fluctúa una música repetitiva que va desde el «viaje más literal y menos agresivo» a esa otra «más oscura y alucinógena», grabada por el propia artista con sintetizador.

Train Phase es un viaje, más que

al fondo de la mente, al encuentro con las distintas formas que va adoptando uno mismo durante ese trayecto existencial. Trayecto para el que Conesa sugiere tomar como referencia ciertos códigos que luego conviene interpretar, tal y como lo hace el músico que extrae sonidos de la fría partitura. «Es la idea del baile [el vals de una de sus partituras vaciadas], donde cosas y sueltas».

artista se limita a observar grabando sus improvisadas entonaciones. O el pájaro lira de su falso bodegón colorista, cuyo canto se adapta sorprendentemente a los sonidos de su alrededor.

También el video relacionado con la road movie del sexo o guía gay de carreteras, donde «el yo y el yo virtual» van generando cierta «arquitectura del deseo». Asimismo, «un punto de arqueología: cor-



Vinilo Varrifion, de Fito Conesa.

Fito Conesa trabaja también las transiciones, los instantes en que algo cambia sin tener claro hacia dónde. Como en ese coro de muchachos del video, cuyas voces se están transformando por la maduración del propio cuerpo y que el

tar y pegar». El tren, la repetición, la música y, por encima de todo, el caudal de emociones que genera ese viaje del yo hacia el otro. Un otro que, en el caso de Conesa, no es el infierno de Sartre pero evoca igualmente ocultas llamaradas.